

## HISTORIA ANTIGUA E HISTORIA DE LA LENGUA GRIEGA: EL ORIGEN DEL GRIEGO HELENISTICO

A. López Eire

El propósito de las páginas que siguen es, sencillamente, mostrar lo fecundo y fructífero que puede resultar combinar Historia, Filología y Lingüística o, dicho en forma más concreta, los estudios de Historia Antigua con los de la Historia de la lengua griega.

Comenzaremos diciendo que la herencia más valiosa que nos legó Ferdinand de Saussure no fue tanto lo que desde el mismo momento en que él lo expuso ya ni se discutió, como, por ejemplo, que la lengua es un sistema de signos, cuanto aquellas aporías, las famosas antinomias, que él no hizo sino plantear y que, lógicamente, están aún lejos de haber sido definitivamente resueltas o cabalmente aclaradas. Estas son, como es sabido, en primer lugar, que la lengua es a la vez estado adquirido y evolución continua, y puede, por tanto, ser considerada sincrónica y diacrónicamente, como sistema en equilibrio y en cuanto desenvolvimiento dinámico; en segundo término, que el lenguaje es, a un tiempo, individual y social, habla y lengua; y, por último, que la lengua, aun siendo primordialmente una, se nos ofrece como una variedad de dialectos e idiolectos.

El mero planteamiento de estas tres antinomias nos obliga a aceptar, junto a las lenguas, los dialectos e idiolectos; al lado del carácter social y colectivo de la lengua, el individual y momentáneo del habla; junto a la naturaleza homogénea de la lengua, su evolución continua y heterogénea: y, sobre todo, nos fuerza a representarnos la lengua como realidad social, como hecho histórico, como lenguaje actualizado por una masa parlante y sistema de signos sometido al implacable transcurso del tiempo y a los inevitables efectos que sobre él desarrollan las fuerzas sociales<sup>1</sup>.

Efectivamente, ese sistema de signos susceptible de evolución y cambio, que es una *Zwischenwelt*, o mundo intermedio, entre la realidad y el hombre, y que tiene capacidad para referirse a sí mismo, o sea, para actuar como metalengua, ese sistema, decimos, es algo real, existe en la conciencia de los hablantes y está sometido a tres dimensiones, una dimensión espacial, una dimensión temporal y una dimensión social. En estas tres dimensiones se constata la diversidad lingüística. En la espacial, distinguimos en diferentes localidades y zonas diversos dialectos; en la temporal, es obvio que una misma lengua va evolucionando, cambiando, con el paso del tiempo; y en la dimensión social, no sólo percibimos dentro de una misma sociedad diferencias graduales entre las hablas de unos individuos o grupos sociales

<sup>1</sup> F. de Saussure, *Curso de lingüística general*<sup>3</sup>, trad. esp., B. Aires 1959, 51, 57, 58, 61, 63, 64, 65, 127, 143, 193, 206, 266, 324.

y otros, sino que, además, un mismo individuo puede usar distintas normas<sup>2</sup> según sus propósitos; pues si es evidente que en un área determinada existen distancias y variaciones geográficas que se traducen en diferencias dialectales, en una misma sociedad hay distintos niveles socio-económicos y culturales que dan lugar, igualmente, a dialectos sociales. La dimensión espacial, en la que se asientan los dialectos geográficos es, digamos, horizontal, y la dimensión por la que se establecen los dialectos sociales es vertical. Queda, pues, como tercer eje, o de la profundidad, aquel en que se van configurando las transformaciones debidas a la evolución temporal de la lengua, lo que Saussure llamaba el paso del tiempo y asociaba como tercer elemento al par compuesto por lengua y masa hablante.

Consiguientemente, hay en una misma lengua homogeneidad y heterogeneidad, unidad y diversidad. De estos pares de términos el lingüista prefiere los primeros y el sociolingüista, los últimos. Según Labov<sup>3</sup>, por ejemplo, en una lengua hay, al lado de reglas invariables, reglas variables. Y no le falta razón. En español, por ejemplo, es regla invariable que el pronombre personal de primera o segunda persona de singular, precedido de la preposición *con*, es, necesariamente, *conmigo* y *contigo*; pero una regla variable sería la de las diferentes pronunciaciões de *-ado*. Estas posibilidades que permiten las reglas variables se explican o bien por diferencias sociales que repercuten en el habla o bien por la situación o el contexto que favorece ya una ya otra. Es evidente que si alguien enseña como profesor una lengua, ha de basarse preferentemente, como buen lingüista, en las reglas invariables, pero para sus adentros debe reconocer que las variables también existen y ha de ser consciente —y si es buen lingüista lo será— de que él mismo en distintas ocasiones, situaciones o contextos disfruta del margen de variabilidad de las mencionadas reglas.

Así pues, contamos dentro de la moderna lingüística con una variedad de estudio que, en acertadas palabras de Fishman<sup>4</sup>, tiene por objeto el estudio de “la estructurada variación simultánea de lengua y sociedad” (*the patterned covariation of language and society*), disciplina denominada *Sociología del lenguaje* o *Sociolingüística*. Pues bien, esta ciencia se interesa sobremanera por las diferentes modalidades lingüísticas que existen en una determinada comunidad, los sociodialectos o dialectos verticales, que llegan a veces a crear una situación llamada diglosia, magníficamente estudiada por Ferguson<sup>5</sup>, en la cual se observa que, a veces, uno de los dos dialectos que conviven, el de prestigio, reducido en principio a una o varias esferas de la vida social (la religión, la legislación, la educación o la literatura) comienza a intervenir en un proceso que nos interesa y sobre el que hemos de volver más tarde, denominado de “normalización lingüística” (*language standardization*)<sup>6</sup>.

Un niño aprende en el seno de su familia una determinada variedad de lengua, pero, inmediatamente después, en la escuela, aprende otra ya mucho más normalizada o estandarizada, que está en mayor o menor proximidad de la adquirida en primer término, aunque, en cualquier caso, no coincide totalmente con ella. Y a partir de este momento ya estamos ante “dialectos sociales”, motivados, en parte, porque sus usuarios pertenecen a un determinado nivel social, y, en parte, porque los hablantes se adaptan a unas circunstancias o contextos concretos que motivan el uso de esa determinada y concreta modalidad lingüística.

<sup>2</sup> Cf. E. Coseriu, “Esbozo de una teoría coherente del hablar y de su formalización”, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid 1967, 90-104; cf. 98: “Dentro de una misma comunidad lingüística nacional y dentro del mismo sistema funcional pueden comprobarse varias normas (lenguaje familiar, lenguaje popular, lengua literaria, lenguaje elevado, lenguaje vulgar, etc.)”.

<sup>3</sup> W. Labov, “The study of language in its social context”, *Studium Generale* 23 (1970), 30-87.

<sup>4</sup> J.A. Fishman, “Introduction”, *Readings in the Sociology of Language*, La Haya 1968.

<sup>5</sup> C.A. Ferguson, “Diglossia”, *Word* 15 (1959), 325-340.

<sup>6</sup> Cf. D.S. Ray, *Language Standardization*, La Haya 1963.

ca. Las primeras variedades lingüísticas se llaman variedades “referidas al usuario” (*user-related*) y las segundas, “referidas al uso (*use-related*)”<sup>7</sup>.

Deliberadamente hemos empleado el término ambiguo “variedades” o “modalidades”, porque éstas pueden ser muy diferentes en grado en unos casos o en otros; pueden ser, por ejemplo, simplemente estilísticas o, por el contrario, lenguas tan diferentes como, en Paraguay, el español y el guaraní<sup>8</sup>; o bien se da el caso de que, dentro de una misma lengua, como ocurre en griego moderno, en una variedad las palabras correspondientes al español “vino”, “agua”, “casa”, “parió”, “pero” (conjunción adversativa) son, respectivamente, *ínos*, *ídhor*, *íkos*, *éteke*, *alá*, y en la otra, *krasí*, *neró*, *spíti*, *eyénise* y *má*. Esta diglosia que es, como decimos, un caso extremo que opone dos variedades, entre sí distanciadas, que son empleadas en una misma comunidad, una variedad culturalmente elevada (“high variety”), de prestigio, y otra que lo es menos, o, si queremos, baja (“low variety”), se da, por ejemplo, en árabe entre *al-fusha* y *ad-darij*; en alemán de Suiza, entre *Schweizerdeutsch* y *Schwyzertüütsch*; en criollo haitiano, entre francés (*français*) y criollo haitiano (*créole haïtien*); y en griego moderno, entre *katharévusa* y *dimotikí*.

Desde luego, el prestigio —esto es evidente— favorece siempre a la variedad elevada (“high”, H) frente a la variedad baja (“low”, L), que es la modalidad común, indígena, epicórica. También la herencia literaria, la tradición gramatical y la enseñanza en las escuelas benefician el nivel alto, si bien es cierto que tanto la gramática como, en general, todo el sistema de la variedad alta (H) es más rico y complejo que el de la baja (L); piénsese, a modo de ejemplo, que mientras la *katharévusa* del griego actual cuenta con cuatro casos en la declinación, la *dimotikí* tiene sólo tres.

Pero antes de proseguir, hemos de dejar bien claro algo que ya hemos indicado al menos someramente, a saber: que la *diglosia* es un caso extremo y que lo normal es que las diferencias de las variedades que coexisten (la alta y la baja, H y L) sean menores o, dicho de otro modo, no tan amplias o de tan gran entidad, sino del tipo de las que se registran, por ejemplo, en inglés, en el léxico, entre *illumination* (H) frente a *light* (L), *purchase* (H) frente a *buy* (L) y *children* (H) frente a *kids* (L) o, en español, en los diferentes grados de pronunciación de la *d* fricativa intervocálica en la terminación *-ado*, que en L ni se pronuncia, o en la oposición *el calor*, *el color* (H) frente a *la calor*, *la color* (L), etc. No obstante, no hay que olvidar que las variedades o niveles lingüísticos no son departamentos estancos, sino que están en contacto, por lo que se producen con frecuencia trasvases de unos a otros. En español, sin ir a buscar más lejos los ejemplos, palabras que fueron empleadas por la lengua literaria han ido a parar a la variedad normal o baja o popular de la lengua hablada en España y en Hispano-América; como éstas: *mesmo*, *cuasi*, *naide*, *truje*, *asconder*, *nacencia*, *sepoltura*, *mormurar*, *endenantes*, *anque*<sup>9</sup>. El fenómeno contrario también se da<sup>10</sup>; en efecto, hay formas que fueron vulgares, de la variedad baja, aborrecidas por Valdés en el *Diálogo de la lengua*, que, frente a todo pronóstico, pasaron a conformar la variedad culta; ejemplos: *erguir*, *raudo*, *escanciar*, *henchir*<sup>11</sup>, *lóbrego*<sup>12</sup>. Y prueba de que las variedades

<sup>7</sup> M.A.K. Halliday-P.D. Stevens-A. McIntosh, *The Linguistic Sciences and Language Teaching*, Londres 19-64.

<sup>8</sup> J. Rubin, “Bilingualism in Paraguay” *Anthrop. Ling.* 4 (1962), 52-8.

<sup>9</sup> Cf. V. García de Diego, *Gramática histórica española*<sup>3</sup>, Madrid 1970, 22.

<sup>10</sup> Cf. V. García de Diego, *op. cit.* 22.

<sup>11</sup> Cf. J. de Valdés, *Diálogo de la lengua*, B.C.U., B. Aires 1940, 85: “*Henchir* parece feo y grossero vocablo, y algunas veces forzosamente lo uso por no tener otro que signifique lo que él, porque *llenar* no quadra bien en todas partes; conhórtome con que lo usa el refrán que dize: *De servidores leales se hinchen los ospitales*”.

<sup>12</sup> Cf. J. de Valdés, *Diálogo de la lengua*, 87: “*Lóbrego* y *lobregura*, por *triste* y *tristeza*, son vocablos muy vulgares; no se usan entre gente de corte”.

culta y popular conviven es que un mismo hecho fonético, como el desplazamiento de acento que se atestigua, en español culto, en *reina* por *reína*, se da asimismo en la lengua popular en *ai* por *ahí*, etc.<sup>13</sup>

Por consiguiente, no es difícil de entender que en una comunidad lingüística determinada, en virtud de unas circunstancias socio-políticas y económicas precisas, de las que más adelante hablaremos, en un momento dado, si el nivel o variedad alta (H) es factor de unificación entre dos dialectos, se integre como *standard* en la variedad baja (L), constituyéndose de este modo una *koiné*.

Esto fue, justamente, a nuestro juicio, lo que aconteció en un período determinado de la historia del ático: su variedad alta (H), que era un “jónico-ático”, puesto que la literatura y el esplendor cultural del Atica fueron subsiguientes y derivados del despuntar de la literatura y la cultura jónicas, se integró en el ático propiamente dicho, el ático epicórico, patrio, o del país, es decir, la variedad baja (L).

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando una variedad se funde con otra o un código se integra en otro diferente? Acontece la formación de lo que Selinker llamó *interlanguage*<sup>14</sup> a través de un proceso en que juega un importante papel el concepto de “centrality”, “cualidad de central”<sup>15</sup>, que poseen aquellos rasgos lingüísticos comunes a las dos variedades. Es decir —hablando en román paladino— en la constitución de una *koiné hay una variedad que se acopla a otra y, al mismo tiempo, se da un proceso de regularización, normalización, estandarización de este ensamblaje*.

Vayamos ahora a los hechos concretos: La *koiné*, esa lengua de civilización que distinguió al griego del bárbaro en época helenística y perduró a lo largo de todo el período imperial romano y aun en la época bizantina, nace cuando en la variedad normal, baja (L), del ático del siglo V a. J.C., se integra el ático de alto nivel cultural (H), que era “jónico-ático” ya desde Solón y continuaba siéndolo en pleno siglo V a. J.C., como puede comprobarse estudiando la lengua empleada en las partes dialogadas de la tragedia, y cuando precisamente se introduce y actúa en esta ensambladura el imprescindible proceso de regularización equivalente a simplificación o normalización. La variedad alta (H), de prestigio, del ático, era esa lengua (jónico-ático) empleada por Solón (el primer poeta de Atenas, cuya vida transcurre entre los años 634 y 560 a. J.C.), en la que se registran ἡμετέρα (3, 1 D) junto a ὀβριμοπάτρη (3, 3 D), εὐνομία (3, 32 D) al lado de ἡσυχίη (3, 10 D) —es decir: *alfa* larga ática en las primeras formas frente a *eta* jónica en las segundas—, ἀδικοῦσι (14, 1 D) junto a νοεῦμεν (1, 33 D)— o sea: contracción ática en la primera palabra y evolución jónica —εο— > —ευ— en la segunda—, ἀρπαγαῖσι (23, 13 D) πολλῆσι (24, 27 D), θνητοῖσι (3, 63 D) frente a φίλαις (3, 22 D) y θνητοῖς (3, 14 D) —lo que viene a ser: formas largas en *-si* para los dativos de plural de la primera y segunda declinación al modo ático, por un lado, y formas en *-οις*, *-αις* como las ya instaladas con anterioridad en la lengua literaria jónica—; εἶδον (25, 3 D) junto a εἶπα (23, 18 D) —o sea: un aoristo radical temático normal al lado de un atemático de origen jónico-homérico—; ξύν (7, 3 D) y ξυνήγαγον (24, 1 D) frente a σύν (14, 6 D) y συμμαρτυροίη (24, 3 D) —lo que equivale a decir: forma ática ξύν como preposición o como preverbio frente a la jónica consagrada en la literatura σύν—, etc.

Es, pues, evidente que en el nivel alto del ático lo que encontramos no es ático genuino y escueto sino una mezcolanza de jónico y ático que ha de explicarse por el hecho de que

<sup>13</sup> Cf. V. García de Diego, *op. cit.*, 23.

<sup>14</sup> L. Selinker, “Language Transfer”, *Gen. Ling.* IX, 2 (1969), 671-92.

<sup>15</sup> S. P. Corder, *Introducing applied Linguistics*, Harmondsworth 1975, 65, 67, 148.

el jonio fue lengua de cultura antes que el ático y, más concretamente, fue nada menos que la lengua de la épica, la elegía, el yambo, la filosofía, la historia y la medicina. Es decir, resulta inimaginable que en tales condiciones el jonio no ejerciese su influjo sobre el nivel de “alta cultura” del ático, cuando en Atenas, en el año 403 a. J.C. (arcontado de Euclides) termina por adoptarse oficialmente el alfabeto jónico. Piénsese, además, abundando en esta misma argumentación, que la voz ἐπίσταμαι, “estoy impuesto”, “sé”, sin aspiración y bien distinta de ἐπίσταθαι, que significa “estar encima”, muestra con su *psilosis* (carencia de aspiración; φ es una aspirada) que es una palabra jónica introducida en ático. Y en este mismo sentido, tampoco debe olvidarse que muchos nombres de pueblos orientales, como “persa”, “medo”, “indo”, pasaron al griego a través del jonio y que, a su vez, los pueblos que esas palabras designan llamaban a los griegos, por extensión, “jonios”, cuya lengua (para nosotros, el dialecto jónico) era tan importante para aquellas gentes, que conservamos una carta de Darío Histaspes dirigida a su sátrapa Gadatas, fechable en los primeros años del siglo V a. J.C., tal vez traducción de un original arameo, escrita en jonio.

También otro ejemplar del ático de alta cultura (H), la lengua de la tragedia en las partes dialogadas, nos muestra la misma coexistencia de rasgos propiamente áticos con otros procedentes de la tradición literaria jónica anterior. Así, por ejemplo, conviven νεός (A. *Pers.* 810) y ναός (S. *El.* 8); λεώς (A. *Eu.* 681) y λαός (E. *Supp.* 689); ξένος (S. *OC* 1206) y ξείνος (S. *OΨ* 1119); ἥνεγκον (S. *El.* 692) y ἥνεγκα (S. *El.* 13); εἶπον (S. *El.* 941) y εἶπα (S. *Ph.* 27, 246, 414, etc.); θεοῖσι (S. *Tr.* 183) y θεοῖς (S. *TR.* 245); ξύν (S. *Ph.* 920) y συναλλάξαντα (S. *OT.* 1110); ναύτησι (A. *Pr.* 727) y ζημίαις (A. *Cho.* 277), etc.

Obsérvese que, en la serie de formas contrapuestas que hemos presentado al analizar someramente la lengua de Solón y la de los diálogos de la tragedia, están incluidas aquellas que pasan a la prosa ática y perduran en la *koiné*. Así, por ejemplo: la *alfa* larga de ἡμετέρα y εὐνομία; la contracción de ἀδικοῦσι; los dativos de plural en -οις y -αις; el aoristo del tipo de εἶπα; σύν preposición y preverbio; esto por lo que se refiere a la lengua de Solón; y ναός, λαός, ξένος, ἥνεγκα, εἶπα, dativos de plural acabados en -οις y -αις, por lo que atañe a la lengua de la tragedia. Pues bien, en la prosa ática, esos rasgos especiales del ático literario (es decir, de ese jónico-ático que ensambla en su seno elementos característicos del jónico, como -σσ- o -ρσ-, con otros típicamente áticos, como *alfa* larga que no pasa a *eta*, o ξένος frente a jón. ξείνος, continúan existiendo, formando parte del “ático de alto nivel” (H) y tratando de integrarse en el ático conversacional o de “bajo nivel cultural” (L). Cuando esto se logre, tendremos ya lo que ha de ser el embrión de la *koiné*.

En efecto, ésta no es exactamente el resultado de la evolución de un “verunreinigtes Attisch” o “ático infecto”, como decía Steinthal<sup>16</sup>, ni de “una abigarrada mezcla de dialectos”, “algo más que un *verderbtes Attisch* o ático corrupto”, como sostenía Kretschmer<sup>17</sup>, ni de un “Vulgärrattisch” o ático vulgar, como creía Thumb<sup>18</sup>, sino el efecto de la integración del nivel de “alta cultura” del ático (H) en el de “baja cultura” (L), niveles ambos que no están incomunicados el uno con respecto del otro, antes bien, al contrario, están en contacto mutuo, por lo que se explica que muchos de los rasgos que hemos visto aflorar en el ático de alto nivel, o ático literario, reaparezcan a partir de mediados del siglo V a. J.C., no sólo en la lengua de la prosa sino también en la de las inscripciones.

<sup>16</sup> H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft*, Berlín 1980-1, II, 37.

<sup>17</sup> P. Kretschmer, “Die Entstehung der Koine”, *S. Berl. Wien. Akad.* 144, X, Viena 1900. “Sprache”, en A. Gercke - E. Norden, *Einleitung in die Altertumswissenschaft* I, 2ª edic., Leipzig - Berlín 1912, 552.

<sup>18</sup> A. Thumb, *Die griechische Sprache in Zeitalter des Hellenismus*, Estrasburgo 1901, reimpr., Berlín - N. York 1974.

En efecto, E. Risch<sup>19</sup>, en un estupendo artículo, puso de manifiesto como el ático experimenta un fuerte cambio en los últimos años del siglo V a. J.C. y primeros del siguiente, justamente, pues, en torno al período que comprende la guerra del Peloponeso, un lapso de tiempo en que también se sitúa el nacimiento de la prosa ática.

Ahora bien, lo curioso verdaderamente es comprobar cómo en la lengua de las inscripciones, que es, por lo general, muy conservadora, van penetrando innovaciones propias del ático de alto nivel cultural. Así, por ejemplo, el dual va desapareciendo progresivamente; la forma *οὐν* se impone, frente a *ξύν*, como preposición y preverbio; *-οις* y *-αις*, desinencias de dativos de plural, sustituyen a las más arcaicas *-οισι* y *-αισι*, *-ησι*; comienza el empleo de la conjunción final *ἴνα* (tan importante en la *koiné*) en vez de *ὅπως* o *ὅπως ἄν*, que era la preferida por el ático de las inscripciones en fechas anteriores; comienzan a tematizarse verbos antes atemáticos, proceso que, iniciado en Homero, estaba ya en curso en el “ático de alto nivel”, etc.

Vemos, por consiguiente, cómo se va integrando en el ático normal (ático de “baja cultura”, convencionalmente) el ático prestigioso de “alta cultura”, que estaba muy influido, ciertamente, por el jonio. Nos falta sólo el tercer elemento, el proceso de regularización, para poder decir con verdad que estamos contemplando el tránsito del ático a la *koiné* en su más incipiente estadio de formación.

Esta regularización o simplificación se logra paulatinamente, eliminando cuanto en el nivel del ático de “baja cultura” o ático no literario no participaba de la “cualidad de central” (*centrality*), o sea, no se hallaba en el área de conjunción o zona de intersección de las dos variedades, H. y L. Pues bien, resulta que la lengua de Aristófanes constituye un precioso documento que nos permite formarnos una idea clara de las transformaciones que está sufriendo el ático conversacional de la segunda mitad del siglo V a. J.C. Y éstas muestran inequívocamente una tendencia de este dialecto a convertirse en una lengua regularizada, muy próxima ya al griego helenístico, mediante la previa eliminación de todo lo que en él había de específico, peculiar y aun privativo. Veamos algunos ejemplos: junto a los futuros áticos del tipo de *ἀποφευξοῦμεθα* (*Av.* 932), *κλαυσοῦμεθα* (*Pax* 1081), hallamos otros del grupo más corriente y regular, tan sólo sigmáticos, ya no sigmáticos y contractos a la vez, como es el caso de los anteriores: *κλαύσεται* (*Th.* 916; *Ra.* 1209; *Lys.* 436), *ἐκφεύξεται* (*V.* 157), etc. En segundo lugar, el futuro de *βάλλω* es *βαλεῖς* (*Ach.* 283) y *βαλλήσομεν* (*V.* 222). Tercer ejemplo: el verbo *μέλλω* forma su imperfecto con aumento *ἐ-* (*Equ.* 267; *Nu.* 1301; *V.* 1905; *Th.* 1177; *Ra.* 791; *Pl.* 1102) y con aumento *ἦ-* (*Ec.* 597; *Ra.* 1308). Ejemplo número cuatro: formas de segunda persona de imperativo en voz media en que la *-s-* de la primitiva desinencia *-σο* ha desaparecido y no se ha reinsertado analógicamente, conviven con otras en que esta *-s-* sí se ha reintroducido; así, tenemos *ἐπανάστω* (*Pl.* 539) y *ἀνίστασο* (*V.* 998). Quinto ejemplo: junto a casos en que la *καρρα* del aoristo del singular, en voz activa, de determinados verbos no se ha extendido a los demás números, hay otros en que esa extensión ha tenido lugar; por consiguiente, leemos en Aristófanes *ἔδοσαν* (*V.* 717) y *ξυνήκατε* (*Ach.* 101). En sexto lugar, hay en la lengua de las comedias de Aristófanes unos futuros antiguos, con flexión en voz media, y otros, en cambio, patentemente recientes, bien porque en ellos aparece el mismo vocalismo del presente o del aoristo -por ejemplo: *-θρέξει* (*Ra.* 193), por un lado, o, por el otro, *-δραμεῖται* (*V.* 138) -o bien, porque aparecen en voz activa y no en voz media, por ejemplo: *εἴξω*, *ζήσω*, etc. Por último, como dativos

<sup>19</sup> E. Risch, “Das Attische im Rahmen der griechischen Dialekte”, *MH* 21 (1964), 1-14; cf. 5: “... dass gerade in Laufe des 5. und 4. Jahrhunderts, also in der klassischen Zeit selbst, das Attische entscheidende Veränderungen durchgemacht hat”.

de plural de los temas vocálicos, junto a formas acabadas en -οῖσι, -αῖσι, encontramos otras que terminan en -οις, -αις (*Ach.* 1197 ταῖς ἑμαῖς τύχαισι; *Ach.* 1224 παιωνίαῖσι χερσίν; *Av.* 848 τοῖσι καινοῖσι θεοῖς); y también detectamos la preposición y preverbio σύν junto a σύν; y, asimismo, duales, como τῶ Περσικά (*Lys.* 229), a la vez que plurales en sustitución de duales (*Ec.* 319 τὰς Λακωνικάς); y, por último, comprobamos que en la lengua de las comedias de Aristófanes hay oraciones finales introducidas unas por ὅπως (*Ec.* 116) y otras por ἵνα (*Ra.* 297), conjunción esta última que ha alcanzado gran éxito a nivel coloquial, a juzgar por oraciones braquilógicas o elípticas del tipo de *Nu.* 1192 ἵνα δὴ τί; y *Ec.* 719 ἵνα τί; etc.

En suma, pues, la lengua de Aristófanes exhibe junto a formas peculiar y típicamente áticas o simplemente antiguas (el llamado futuro dórico del tipo de ἀποφευξοῦμεθα, el futuro contracto βαλῶ, la segunda persona de singular de imperativo en voz media sin rastro de s, personas del plural de aoristos atemáticos desprovistas de *kappa*, el aumento ἐ-, la preposición y preverbio σύν, las desinencias de dativos de plural en -οῖσι y -αῖσι, el dual muy extendido y generalizado, presente incluso en los coloquiales y expresivos diminutivos, (*Eq.* 909 ὀφθαλμιδίῳ) y aun en perífrasis del estilo de *Eq.* 872 ζεῦγος ἐμβάδου), otras que son más modernas, regularizadas y que van a ser las preferidas en griego helenístico, como, por ejemplo:

El futuro sigmático sencillo, no el provisto a un tiempo de sigma y contracción, como *V.* 157 ἐκφεύξεται.

El futuro pasivo en -ησομαι, que reencontraremos ya en plena *koiné* (*PCair. Zen.* 202, 9; s. III a. J.C.).

El futuro del tipo de βαλλήσω, obviamente derivado del tema de presente mediante ese sufijo  $\bar{\epsilon}$ , que, a modo de “clavija” (*cheville*), como acertadamente lo asemeja Chantraine<sup>20</sup>, sirve de verdadero utensilio gramatical cuya extensión es resultado de la tendencia del griego a ligar estrechamente entre sí todos los temas derivados de un mismo radical verbal; ese tipo de futuro, extraído del tema de presente a través de la inserción del sufijo  $\bar{\epsilon}$ , es frecuente no sólo en la lengua del gran comediógrafo, sino también en la *koiné* (cf. *Ar. Pl.* 21 τυπτήσω, *Ra.* 188 σχήσω, *V.* 105 ὀζήσω, *Pl.* 64 χαιρήσω; *koiné, Plu.* 2, 386c γαμήσω, etc.)

La segunda persona de singular de la voz media, acabada en -σο, que de inmediato nos hace pensar en la extensión de las desinencias -σαι y -σο en la *koiné* (cf., por ejemplo, *Ar. Ach.* 870 πρίασο; *koiné* πίεσαι, φάγεσαι, καυχᾶσαι, ὀδυνᾶσαι; griego moderno φέρνεσαι, φερνόςουν, etc.).

Personas del plural de aoristos atemáticos provistas de *kappa* por analogía con el singular, que son ya patentes en las inscripciones de comienzos del siglo IV a. J.C. y se hacen luego frecuentes en la *koiné*<sup>21</sup> (ejemplos: *Ar. Ach.* 101 ξυνήκατε, *X. An.* 4, 5, 18 ἤκαν ἑαυτούς, etc.).

El aumento ἦ- en los imperfectos ἤμελλον, ἠδυνάμην, ἠβουλόμην, que se hace frecuente en las inscripciones áticas a partir del 300 a. J.C. y aparece luego en formas tardías, como ἠκόσμησα, ἠφερα, etc.

La preposición y preverbio σύν y los dativos de plural en -οις y -αις, que son las formas regulares en griego postclásico (la preposición σύν hasta el momento en que es desplazada por μετά). Plurales donde esperaríamos duales (*Ar. Ec.* 319; 314; 345: τὰς Περσικάς, τὰς ἐμβάδας, τὰς Λακωνικάς), situación que más tarde, ya en la *koiné*, se generaliza y, así,

<sup>20</sup> P. Chantraine, *Morphologie historique du grec*<sup>2</sup>, París 1964, 319.

<sup>21</sup> Cf. P. Chantraine, *op. cit.*, 163.

en griego helenístico no encontramos del dual más que escasos restos (ἄμφοῖν, por ejemplo).

Amplio uso de la conjunción final ἵνα, que llega incluso, a introducir frases elípticas del tipo de ἵνα τί; (“¿para qué?”), que recuerda ejemplos similares de la *koiné* (gestados, desde luego, a partir de parecidas elipsis), como los siguientes: Arr. *Epict.* I, 29, 16 Σωκράτης ἵνα πάθῃ ταῦτα (“¿que Sócrates sufra eso!”); NT, *Ep. Eph.* 5, 33: ἡ δὲ γυνὴ ἵνα φοβῆται τὸν ἄνδρα, precedentes del griego moderno νὰ ἔρθῃ.

Hemos visto ya, por consiguiente, cómo al insertarse en el ático común su propio nivel alto, su variedad culta (H), que era un ático especial muy cargado de jonismos, y, al someterse a normalización y regularización el resultado de esa integración, surge la *koiné* en su fase primaria. Ahora conviene que nos preguntemos por la causa de esa gestación de un nuevo ático: qué presión se ejerció sobre la masa parlante para que los hablantes transformasen tan notablemente su propia lengua.

A nuestro juicio, el proceso no fue muy distinto del que se dio en nuestro propio país cuando el castellano se volvió *koiné* y pasó, por tanto, a ser español.

En efecto, cuando en el siglo XVI en España se necesita una lengua de prestigio que sea el idioma de la recién unificada nación, aparece el español, provisto, como toda *koiné*, de sus tres elementos fundamentales: la base, que es el castellano; inserta en este dialecto, la variante o nivel lingüístico de “alta cultura” (H), el castellano literario, que, lógicamente, arrastra cultismo y latinismos; y, en tercer lugar, el factor de regularización, que nunca puede faltar.

Así, Nebrija, en el prólogo de su *Gramática*, dirigido a la reina, afirma con acertada frase: “siempre la lengua fue compañera del imperio”; y, además, sin ningún ambage, proclama la necesidad de regularizar, uniformar y dar cohesión y consistencia al nuevo idioma nacional, a fin de que “lo que agora y aquí adelante en él se escriviere, pueda quedar en un tenor i estenderse por toda la duración de los tiempos que están por venir, como vemos que se ha hecho en la lengua griega i latina, las cuales, por aver estado debaxo de arte, aunque sobre ellas han pasado muchos siglos, todavía quedan en una uniformidad”<sup>22</sup>.

Se convierte, de este modo, el castellano en *koiné*, en español, pero observemos que en esta transformación el nivel lingüístico de “alta cultura”, de prestigio, desempeña un muy importante papel. Por ejemplo, ya en 1535, se expresaba Juan de Valdés del siguiente modo: “La lengua castellana se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia con todo el Andalucía y en Galizia, Asturias y Navarra; y esto aun entre gente vulgar, porque entre la gente noble tanto bien se habla en todo el resto de Spaña”<sup>23</sup>. Y a estas palabras de Valdés, Pacheco, con objeto de delimitar perfectamente el ámbito de castellano/español con relación a las demás lenguas de la península, responde: “No os queremos meter en ese labirinto, solamente, como a hombre criado en el reino de Toledo y en la corte de Spaña, os preguntaremos de la lengua que se usa en la corte...”<sup>24</sup>.

Y el mismo Juan de Valdés nos hace pensar en la similar posición alcanzada por el ático/*koiné* en Grecia cuando nos refiere, respecto del castellano/español en Italia, que “así entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano”<sup>25</sup>. Hemos de reconocer que la lectura de este pasaje del *Diálogo de la lengua* nos recuerda, transferidos al área del ático en ciernes de trocarse en *koiné*, aquellas palabras

<sup>22</sup> Cf. E. Asensio, “La lengua compañera del imperio. Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal”, *Rev. de Fil. Esp.* XLIII (1960), 399-413.

<sup>23</sup> J. de Valdés, *op. cit.* 31.

<sup>24</sup> J. de Valdés, *op. cit.* 31.

<sup>25</sup> J. de Valdés, *op. cit.* 5-6.

que Tucídides<sup>26</sup> puso en boca de Nicias, cuando, encerrada la flota ateniense en el puerto de Siracusa, exhorta a sus soldados ante la inminente confrontación naval con los siracusanos y sus aliados. Refiriéndose el estratega a los metecos que servían como marineros en las naves atenienses, dice: “(vosotros) que hasta ahora erais considerados atenienses sin serlo y erais objeto de admiración de un lado al otro de Grecia debido a vuestro conocimiento de nuestra lengua e imitación de nuestros modales”.

Y también el prestigio literario como fundamental ingrediente de la *koiné* española se trasluce en estas palabras de Cristóbal de Villalón: “La lengua que Dios y naturaleza nos han dado no nos deve ser menos apazible que la latina, griega y hebrea, a las cuales creo no fuesse nuestra lengua algo inferior, si nosotros la ensalzássemos y guardássemos y puliésemos con aquella elegancia y ornamento que los griegos y los otros hazen en la suya”<sup>27</sup>.

Estos dos conceptos fundamentales en una *koiné*, a saber: su extensión, que rebasa los primitivos límites del dialecto que le sirve de base, y el prestigio literario de la variedad de “alta cultura” que en el dialecto de base se integra, aparecen claramente reflejados en un pasaje de la *Antídosis* de Isócrates en que el orador se refiere a la “comunidad o universalidad de la lengua” (κοινότης τῆς φωνῆς), es decir, al carácter universal y no peculiar de la *Gemeinsprache* que es ya el ático; he aquí el texto al que nos referimos:<sup>28</sup>.

“Pues tampoco debe esto pasaros desapercibido, a saber: que de todos los que son capaces de ejercer la oratoria o de impartir instrucción, nuestra ciudad pasa por haber sido su maestra; naturalmente, pues ven que ella ofrece los más altos galardones a los que poseen esa capacidad y que proporciona el mayor número y variedad de palestras para los que han elegido tomar parte en este tipo de competiciones y entrenarse en ellas, y, además, todos obtienen aquí la experiencia, que es lo que en mayor medida proporciona la capacidad de expresión; y en añadidura a esas ventajas, consideran que también la *universalidad de la lengua*, su templanza, y, por lo demás, su versatilidad y su buena disposición para la literatura, contribuyen, en parte, a la formación para la oratoria”.

Sólo teniendo en cuenta esas consideraciones en torno a toda *koiné* podemos entender la gran influencia que ejerció el español sobre otras lenguas y la extraordinaria difusión que alcanzó. Arias Montano, por poner un ejemplo, se proponía, con el Duque de Alba, en 1570, la fundación de estudios de español en Lovaina, con el fin de que el conocimiento del idioma por parte de extranjeros facilitase su integración espiritual<sup>29</sup>. Y por lo que se refiere al ático ya a punto de convertirse cabalmente en *koiné*, recordemos que en el 413 a. J.C., Arquelao, monarca macedonio, era un entusiasta y rendido admirador de la cultura ática, devoción de la que dejó patente huella al llamar a su corte a Eurípides y Agatón. Pero, además, por lo que se refiere al reino macedonio, ya unos años antes, justamente al iniciarse el ascendente crecimiento del poderío ateniense, cuando la costa tracia y las ciudades griegas de la Calcídica entran en la órbita del imperio ateniense, fue, precisamente, cuando el contacto de Atenas con Macedonia se hizo inevitable. Fue entonces, por tanto, cuando se inició un proceso en virtud del cual el prestigioso ático, ático de cultura y ático del imperio, fue abriéndose camino en la corte de Macedonia hasta llegar a la mismísima cancillería de Filipo, hecho de importancia decisiva para la expansión de la *koiné*.

En suma, pues, en esas *koinés* que son el español y el “griego helenístico”, hay dos

<sup>26</sup> Th. 6, 63, 3.

<sup>27</sup> Cf. R. Lapesa, *Historia de la lengua español*<sup>8</sup>, Madrid 1980, 301.

<sup>28</sup> Isoc. XV, 295.

<sup>29</sup> L. Morales Oliver, *Arias Montano*, Madrid 1927, 171.

elementos o factores comunes a ambas: en primer lugar, una y otra se formaron porque en el nivel conversacional de un determinado dialecto (el castellano, el ático) se insertó su propia variedad de “alta cultura”. En segundo lugar, en ambos casos, la universalidad lingüística acompañó al imperialismo político. Veamos ambos rasgos en las dos lenguas:

Hay en el *Diálogo de la lengua*<sup>30</sup> un pequeño pero significativo detalle, si bien en el terreno de lo ortográfico, que enfrenta la veta culta del español “lengua común” al castellano escueto. Es sabido que durante todo el siglo de Oro hay una tensión entre pronunciaciones (y, por tanto, entre grafías) cultas y sus correspondientes adaptaciones a la fonética del romance, por ejemplo: *significar* frente a *sinificar*, *magnífico* en lugar de *manífico*, *digno* y *dino*. Pues bien, a propósito de estos pares de palabras, dice Valdés contestando a Marcio: “pero quando escribo para castellanos y entre castellanos siempre quito la *g* y digo *sinificar* y no *significar*, *manífico* y no *magnífico*, *dino* y no *digno*”. Vemos, pues, en esta declaración cómo la variedad culta (H) se integra y aclimata en lo popular o vulgar (L), como el jónico-ático se acopló y acomodó al ático conversacional para dar así origen a la *koiné* por antonomasia, es decir, al griego helenístico.

Efectivamente, el ático literario de la prosa del siglo V a. J.C. que surgió a base de denodados esfuerzos por despegarse del prestigioso jonio, primeramente en los trímetros y tetrametros de Solón, luego en los diálogos de las tragedias y más tarde en esa incipiente prosa ática del Viejo Oligarca y Tucídides, ese ático literario —insistimos— es el nivel elevado, literario de la *koiné*. Así, comprobamos que los poetismos de la *koiné* han llegado a ella tras haber pasado por el tamiz del ático literario, ese jónico-ático al que con frecuencia nos hemos referido. De esta manera pasaron a la historia de Polibio, al Nuevo Testamento y a los papiros no literarios, palabras de innegable cuño poético, como βαρεῖσθαι “estar molesto”, que aparece en Homero, pero también en Platón<sup>31</sup>; δέσμιος “cautivo”<sup>32</sup>; εὖμορφος “bien formado”<sup>33</sup>; ῥύεσθαι “defender”<sup>34</sup>, todas ellas atestiguadas previamente en la lengua de los trágicos, y la citada en último lugar, también en Tucídides<sup>35</sup>.

En cuanto al segundo factor, el político, que actuó tanto en la configuración del español como en la de la *koiné* ática, poseemos los siguientes datos ilustrativos. Para el caso del español, veamos con qué nitidez lo reflejó Nebrija en el prólogo de su *Gramática castellana*<sup>36</sup>.

“El tercero provecho de este mi trabajo puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real Majestad e me preguntó que para qué podía aprovechar, el mui reverendo padre Obispo de Avila me arrebató la respuesta; e respondiendo por mi, dixo que después que vuestra Alteça metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquéllos ternían necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi Arte podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín”.

<sup>30</sup> Cf. J. de Valdés, *op. cit.* 61.

<sup>31</sup> *Od.* 3, 139; *Pl. Smp.* 203 b.

<sup>32</sup> *S. Aj.* 299; *Ph.* 608; *E. Ba.* 226.

<sup>33</sup> *A. Ch.* 490.

<sup>34</sup> *A. Eu.* 232; *S. OC* 285.

<sup>35</sup> *Th.* V, 36.

<sup>36</sup> Cf. R. Lapesa, *op. cit.* 289.

Y años más tarde, Francisco de Medina escribía<sup>37</sup>: “veremos estenderse la magestad del lenguaje Español, adornada de nueva i admirable pompa, hasta las últimas provincias donde vitoriosamente penetraron las vanderas de nuestros ejércitos”.

Por lo que se refiere a la *koiné* formada sobre el ático, es sabido que el año 478 a. J.C. se funda la Liga ático-délica, liga marítima que colocó a Atenas en una posición hegemónica con respecto al resto de las ciudades griegas. Se trataba de una liga fundamentalmente jonia cuya configuración implicaba por parte de las ciudades en ella incluidas el reconocimiento y aceptación de una nueva situación política bien distinta de la vigente cuando Esparta ostentaba la hegemonía sobre la antigua Liga helénica. El autor de la propuesta de constitución de la nueva liga fue Pausanias, que, sin embargo, perdió la confianza de los griegos por su insolencia y arrogancia más bárbaras que helénicas, razón por la que en el invierno del año 478 a. J.C. las ciudades aliadas se volvieron a Atenas y le pidieron que asumiese la jefatura en sustitución de Esparta. El principal propósito de esta liga que en torno a la mencionada fecha comenzaba a formarse y cuyo organizador no era Temístocles, a quien se consideraba sospechoso por sus estrechas relaciones con Pausanias, así como por su carácter dogmático e intransigente temperamento, consistía en mantener la ofensiva contra Persia, evitando que reconquistase plazas recién liberadas, devastando los territorios del Gran Rey para cobrar venganza por el daño que él previamente había infligido a las ciudades griegas, y equipándose de una flota y manteniéndose alerta ante cualquier eventual intento de contraataque persa. La liga incluía las ciudades de la costa occidental de Asia Menor, las islas costeras de Rodas a Lemnos, numerosas ciudades de la Propóntide, la mayor parte de las Cíclades, casi todas las islas del Egeo (si bien, ciertamente, no pertenecían a ella ni Tera ni Melos ni Creta) y la isla de Eubea casi entera, pues tan sólo se había quedado fuera la ciudad de Caristo.

Los miembros de esta confederación, primordialmente marítima, como puede deducirse de la situación geográfica de los estados que la configuraban, estaban obligados a proporcionar naves o dinero para mantener la flota aliada. Estas contribuciones, bien en barcos, bien en dinero, debían hacerse en Delos, sede de la tesorería y centro administrativo de la alianza, isla que ya desde antiguo era punto de confluencia de los jonios y lugar de nacimiento de Apolo, es decir, centro religioso, y, por ello, zona neutral e internacional entre los griegos.

El organizador de la Liga, Aristides el justo, honrado y experto soldado de noble familia, a quien veían los atenienses retratado en las poéticas palabras que en *Los siete contra Tebas*<sup>38</sup> describen al héroe Anfiarao (“No parecer el mejor quiere, sino serlo / cosechando, de su pecho a lo largo, un profundo surco del que germinan sus sabios designios”), había estimado la suma total de los ingresos de la Liga en 460 talentos, la mitad en naves y la otra mitad en dinero.

Ahora bien, lo cierto es que muy pronto se alteraron los belicosos proyectos iniciales de lucha a ultranza contra el pueblo bárbaro que había tenido la audacia de invadir Grecia, y los aliados fueron tomando conciencia de que si en un principio la finalidad primordial de la Liga era la de salvaguardar la libertad de las ciudades griegas ante la amenaza persa, más tarde, sin embargo, bajo el especioso programa de defensa contra el medo se ocultaba la ambición de Atenas, empeñada en ampliar sus dominios y dispuesta a lograr la supremacía sobre las demás ciudades de la Hélade. En efecto, por poner un ejemplo, los diez oficia-

<sup>37</sup> Cf. R. Lapesa, *op. cit.* 297.

<sup>38</sup> A. *Sept.* 592-4.

les llamados “tesoreros de los griegos” (*helenotamías*), encargados de percibir el tributo en dinero, que era la forma de contribución más corriente y extendida, la que preferían las ciudades aliadas, anteponiéndola a la alternativa de aportar naves, eran todos atenienses, lo que es de por sí un dato importante para comprender hasta qué punto Atenas controlaba realmente la confederación.

En verdad, así era, pues ya desde un principio todas las acciones de la Liga beneficiaron de modo primordial e inmediato a Atenas. Veámoslo: recién constituida la alianza, los aliados, comandados por Cimón (el famoso estratego ateniense de noble familia, hijo de Milcíades y de la princesa tracia Hegesipile), expulsaron a Pausanias (que mantenía una ambigua política de amistad con Persia inspiradora de no pocos recelos) de la ciudad de Bizancio, punto estratégico de singular importancia que dominaba la ruta de los abastecimientos procedentes del mar Negro. Y cuando, también dentro de esta campaña del 476/5 a. J.C., el mismo estratego tomó la importante plaza fuerte de Eyón en Tracia, defendida con ánimo esforzado por el comandante persa Boges, que la tenía a su cargo, la ciudad recién conquistada se convirtió abiertamente en colonia de Atenas y, con su puerto, asimismo, en preciosa base de operaciones desde la que más tarde habría de iniciarse la colonización de Anfípolis.

Poco después, de nuevo Cimón, en calidad de almirante de una armada de la Liga apresada con el fin de limpiar el Egeo de los piratas dólopes que se refugiaban en la isla de Esciros, no sólo rescató en la mencionada ínsula lo que pasaba por ser el esqueleto de Teseo, sino que, además, tomó Esciros; y entonces, los piratas que allí se guarecían fueron vendidos como esclavos y sustituidos, para habitar la isla, por colonos atenienses. De este modo, Atenas se hizo con un magnífico y bien emplazado fondeadero para los barcos que navegaban desde el Pireo a Tracia y la ruta de los estrechos, de tan vital importancia para la política ateniense.

Más tarde, el mismo afortunado general liberó Caria de la dominación persa, forzó la entrada de comunidades licias en la Liga y, el año 468 a. J.C., obtuvo el que fue su más resonante y memorable éxito: frente a la llanura de Panfilia, en la costa Sur de Asia Menor, la flota enviada por la Liga a las órdenes del hijo de Milcíades venció a la escuadra persa en el río Eurimedonte y destruyó doscientos barcos fenicios; y como resultado de esta victoria, muchas ciudades del sur de Asia Menor (aun de muy al este, como Fasélide) pasaron a formar parte de la Liga, o, si se prefiere, cayeron bajo el poder y el arbitrio de Atenas.

Derrotados los persas en la batalla del río Eurimedonte y no constituyendo ya, por tanto, una seria amenaza que esgrimir como pretexto ante los confederados, la capital del Atica, ya sin recato alguno, antes bien, ostensible y decididamente, impuso su poder absoluto en la Liga. Así, en el 472/1 a. J.C., la ciudad de Caristo, la única de Eubea que no formaba parte de la alianza, fue sometida y obligada a ingresar en ella por necesidad política. Y cuando, el año 471 a. J.C., Naxos se separó de la confederación, Atenas puso sitio a la desleal ciudad, la obligó a entrar de nuevo en la alianza y la castigó forzándola a aceptar colonos atenienses. Seis años más tarde (el 465 a. J.C.), la isla de Tasos, cuyas minas de oro, explotadas tanto en la propia isla como en la costa tracia situada frente a ella, eran objeto de la codicia ateniense, se sublevó contra Atenas, confiando, tal vez, en el apoyo encubierto de Alejandro I de Macedonia. Una vez más interviene Cimón al frente de la flota de la Liga y derrota a la escuadra tasia en Curión. Seguidamente el estratego ateniense puso sitio a la ciudad, que terminó rindiéndose; sus murallas fueron demolidas, sus derechos sobre las minas fueron cedidos y sus habitantes, los tasio, aceptaron pagar el tributo a la Liga.

En consecuencia, a causa de estos hechos y otros similares, dentro de la Liga ático-délica encontramos tres clases o categorías de miembros: en primer lugar, los aliados que contri-

buían a la Liga con barcos; éstos eran, más bien, unas pocas ciudades: Quíos, Lesbos y Samos. En segundo término, los aliados que contribuían al tesoro de la confederación con dinero y conservaban cierta autonomía política; y, en tercer orden, aquellos aliados que, por haberse sublevado y haber sido seguida y consiguientemente castigados por Atenas, tenían señaladas por ésta ciertas obligaciones particulares fijadas en los tratados convenidos entre la ciudad que señoreaba la Liga y la reintegrada forzosamente a la confederación.

Este ambiente era ya de innegable imperialismo.

En el 454 a. J.C. Atenas sustituyó a Delos como tesorería y centro de la Liga y el festival de Apolo Delio cedió su puesto al festival ateniense de las Dionisias. Atenas hizo de la confederación su propio imperio; recaudaba el dinero para emplearlo a su gusto y capricho, ya no en campañas contra los persas, sino para hacer frente a otros enemigos contra los cuales decidía que la Liga emprendiese expediciones militares, sin que los aliados pudiesen presentar la más mínima objeción a tan unilaterales determinaciones. Asimismo, éstos se vieron obligados a servir en el ejército ateniense y debían acudir a Atenas para someterse a determinados procesos judiciales; exactamente, en aquellos casos en que de algún modo la sentencia pudiese ser la pena de muerte o la privación de los derechos civiles. Además, los aliados, o súbditos, recibían en sus ciudades guarniciones atenienses, así como funcionarios estables encargados de realizar inspecciones (*ἐπίσκοποι*) y ciudadanos pobres enviados por la capital para que, sin perder la ciudadanía ateniense, cultivaran lotes de terreno en diferentes zonas del imperio (*κληροῦχοι*). De la capital de este nuevo imperio emanaban disposiciones legales enderezadas a abolir el uso de monedas locales (que ahora empiezan a ser sustituidas por las de la lechuza en una cara y la cabeza de Atenea en la otra), al igual que ocurría con los patrones de pesos y medidas no oficiales en Atenas. Nos trasmite Plutarco que cada año sesenta navíos se hacían a la mar para patrullar durante ocho meses las rutas marítimas más importantes del área en que estaba asentado el imperio. Gracias al tributo que pagaba el imperio (o la Liga, si se prefiere), Pericles podía costear los espléndidos edificios de la Acrópolis, aprovechando, sobre todo, la abundancia de los fondos que se iban acumulando a lo largo de los veinte años de paz con Esparta (del 451 al 431 a. J.C.), durante los cuales no era menester hacer grandes dispendios en armamento. Pero no eran tan pacíficos y sosegados estos años, pues los partidos oligárquicos de las ciudades miembros de la Liga no dejaban de maquinare sublevaciones: se produjeron en el 447 a. J.C., la de Eubea; en el 440-439 a. J.C., la de Samos; y en el 428 a. J.C., la de Mitilene.

Al referir Tucídides<sup>39</sup> cómo ocurrían estas defecciones, dice: “Había otras causas de estas rebeliones, pero las más importantes eran la falta de dinero para pagar el tributo, y de naves, y, en alguna ocasión, la desertión; pues los atenienses cobraban con rigor y resultaban penosos, al aplicar sus medidas coactivas, para quienes no estaban acostumbrados ni querían sufrir penalidades; y los atenienses, bajo una perspectiva distinta, ya no estaban tan a gusto en el mando, y ni hacían expediciones contribuyendo a ellas en pie de igualdad con los otros participantes; y les era fácil reducir a los que se alzaban en rebeldía”. Y el rey de Esparta Arquidamo, hablando en vísperas de su invasión del Atica ante los generales de los Lacedemonios y sus aliados, dice estas palabras<sup>40</sup>: “Pero toda Grecia está pendiente de este ataque y nos presta atención y por odio a los atenienses albergan buenos deseos de que nosotros realicemos los propósitos de que llevamos idea”.

Ahora bien, a este odio generalizado contra Atenas, Pericles<sup>41</sup> respondía con inexora-

<sup>39</sup> Th. 1, 99, 1.

<sup>40</sup> Th. 2, 11, 2.

<sup>41</sup> Th. 2, 36, 2.

ble dureza, convencido como estaba de que para que creciese el poder ateniense era absolutamente necesario mantener el imperio:

“Pues (nuestros antepasados) habiendo adquirido, además de lo que recibieron en herencia, todo el imperio que poseemos, no sin trabajos nos lo legaron también a nosotros, los de la presente generación. Pero la mayor parte de sus acrecentamientos nosotros mismos, los de la generación en sazón, los llevamos a efecto y a nuestra ciudad la dispusimos con todos ellos en tal estado, que es muy capaz de bastarse a sí misma tanto para la guerra como para la paz”.

Tan importante y rentable imperio para Atenas, cuya Acrópolis se vio embellecida gracias al tributo de los aliados, no podía mantenerse simplemente a fuerza de guarniciones, funcionarios (los “inspectores”, ἐπίσκοποι, y los “vigilantes”, φύλακες), y el control central de la jurisdicción imperial. Necesitaba, además, una lengua cuyo uso no se limitase a los confines del Atica; tenía necesidad de una lengua que sirviese para las nuevas funciones administrativas, diplomáticas, militares y comerciales en el amplio ámbito geográfico del imperio; en suma, precisaba una “lengua de tráfico” (*Verkehrssprache*) apta para ser empleada en las numerosas actividades de una potencia que dominaba el mar Egeo y extendía su influencia y dominio sobre Tracia, ciudades de Asia Menor y el Ponto Euxino.

A Atenas le hacía falta todo lo contrario a un vehículo de expresión provinciano, regional o local; le era menester una lengua supradialectal y prestigiosa que pudiera ser empleada por los atenienses y los aliados. Recordemos que la Liga era predominantemente jónica, pues los jonios acudieron a los atenienses, tal como nos lo narra Tucídides<sup>42</sup>, a ofrecerles la jefatura de la Liga, lo que explica que el nivel de “alta cultura del ático”, que era un “jónico-ático”, se inserte en el ático no literario para constituir una lengua común, accesible a atenienses y jonios, y atractiva para unos y otros por el peso de su prestigio.

Veamos, mediante unos cuantos ejemplos, cómo este nuevo ático se va introduciendo poco a poco en las inscripciones, pese a ser la lengua oficial o cancelleresca sumamente reacia a las innovaciones.

Un decreto del año 447 a. J.C.<sup>43</sup>, en el que se establecen una serie de medidas para evitar que se produzca fraude en la recaudación de los tributos pagados por las ciudades miembros de la Liga, exhibe ya dativos de plural de la segunda declinación acabados en -οις (1. 13 τοῖς; 1. 20 Ἀθηναίοις) y no en -οισι como hasta entonces era normal.

En un arrogante decreto ateniense<sup>44</sup> en que se obliga a todos los miembros a utilizar exclusivamente monedas, pesos y medidas atenienses, justamente aparecen dativos de plural acabados en -αις y -οις en las palabras que responden a esos tres conceptos: δραχμαῖς, σταθμοῖς, μέτροις.

Aún más enérgico es otro decreto, del año 425<sup>45</sup> a. J.C., que trata de una nueva imposición de tributo para la que se toman medidas extraordinariamente duras, como, por ejemplo, que las ciudades han de contribuir con una aportación no inferior a la que anteriormente pagaban, salvo que fuese del todo imposible por caso de fuerza mayor. Pues bien, en este decreto se hace abundante uso de la conjunción final ἵνα, lo que no es, precisamente, lo normal en las inscripciones áticas, en las que, como es sabido, lo corriente es encontrar

<sup>42</sup> Th. 1, 95, 1.

<sup>43</sup> *ML* 46; *ML* = R. Meiggs - D.M. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B. C.*, Oxford 1969.

<sup>44</sup> B. D. Merritt - H. T. Wade - Gery - M. F. McGregor (eds.), *The Athenian Tribute Lists*, Cambridge (Mass.) 1939-1953, II, D 14.

<sup>45</sup> *IG* I<sup>2</sup> 63.

ὅπως ο ὅπως ἄν y no ἴνα, conjunción que, en cambio, va a adquirir una enorme extensión de empleo en griego helenístico.

En el famoso decreto ático <sup>46</sup> en que se establece un pacto entre Atenas y Calcis, ciudad eubea que había hecho defección de Atenas cuando esta última había sufrido la derrota de Coronea, aparece ya el prefijo συν- (1. 68 συνεπιμελόσθον) y no ξυν-, como era su forma en ático castizo.

Una estela de mármol <sup>47</sup> encontrada en el demo de Ramnunte, que recoge las cuentas anuales de los fondos financieros (bien en reserva, bien en préstamo) derivados, a lo largo de un período de cinco años, del culto de Némesis en el mencionado demo (situado en la costa el Atica, al nordeste de Atenas), y que puede ser datada entre los años 450 y 440 a. J.C., presenta así la relación de haberes del primer año: I, 5-9 το τεσ Νεμεσεος αργυριο κεφαλαιον το παρα τοισι τας διακοσιας δραχμας οφελοσι (“capital del dinero de Némesis que está en manos de los que deben los doscientos dracmas”). En cambio, en las relaciones de los años sucesivos, los dativos de plural de los temáticos son ya en -οις. Ejemplo: III, 21-24 κεφαλαιον το ιερο αργυριο το παρα τοις διακοσιας εχοσι (“capital del dinero sagrado que está en poder de los que tienen las doscientas dracmas”).

No queremos abrumar al lector con más ejemplos, pese a que los hay: sólo con estudiar las fórmulas del juramento que prestaban a Atenas los estados súbditos, tendríamos un arsenal de datos con que probar el nuevo cariz del ático transformado ya en embrión de la *koiné*. Nos contentamos, de momento, con haber intentado demostrar que a ciertas transformaciones sociopolíticas acaecidas en Atenas fue estrictamente paralelo un notable cambio que se operó en la lengua allí hablada, que pasó de ser ático de una ciudad— estado a ático de un imperio y embrión del griego helenístico o *koiné*.

<sup>46</sup> IG I<sup>2</sup> 39.

<sup>47</sup> ML 53; fot. en Ἐφ. Ἐφ. 1934-5, 128.